

Narrativa Canaria: 4 ejemplos

Cerveza de grano rojo

Inesperado. Trozos de columnas, bloques grandes y pequeños de mármol se apilaban por el suelo en desorden. Mesas altas y bajas, taburetes y cajones llenos de bolas y panes de barro seco. Junto a las paredes se alineaban algunos bultos cubiertos con lienzos que parecían fantasmas, unos en pie otros arrodillados. Sobre un viejo baúl vimos la cabeza de un hombre, con los ojos muy redondos y abiertos. La cabeza solamente. Del techo colgaban telas que con la luz verdosa parecían cascadas de menta cayendo en graciosos pliegues. La estancia era bastante holgada y en círculo. El señor Crisóstomo recorrió una cortina y dejó al descubierto una amplia ventana que daba al mar. El molino estaba muy cerca del acantilado. Apenas lo separaba una estrecha franja de terreno donde crecían dos arbustos de nicotiana grauca que veíamos agitados por el viento, arañando en los cristales. Por todas partes se veían herramientas tales como escoplos, formones, cinceles, escofinas, martillos y mazos de madera. Pero había también algo singular: una guitarra colgada de la pared y al lado dos manos inmóviles en la misma posición que las hubiera puesto un guitarrista para tocar su instrumento. Y eran las manos largas, una verde y otra amarilla del viejo Crisóstomo que me sonrió al verme perplejo y asintió con la cabeza como si yo le hubiese preguntado. Nos sentamos sobre unos troncos de pino que despedían un fuerte olor a resina y permanecemos un rato largo sin hablar mirando fijamente al viejo Boca de Oro y él mirándonos, a Isaac y a mí.

Por la mañana me llevó tiempo despejar los párpados. Me entretuve adivinando la claridad del día a través de ellos y viendo cómo se sucedían y variaban manchas rosadas, puntos negros, líneas de oro, triángulos verdes y círculos blancos que componían toda una colección de cuadros abstractos y cubistas. Y me daba tanto goce verlos como a Picasso pintarlos. Mi gran galería con cientos y miles de obras perfectas que no me costaban un céntimo. Y vino a mí el olor de los ajonjios y los inciensos ceremoniosos y noté el peso de mi cuerpo tendido de espaldas en algún suelo del mundo. Tenía los músculos flácidos y la sensación de que me habían cortado las manos y los pies y carecía de las yemas de mis dedos para usar el sentido del tacto. Pero usé el cerebro para comprender a través de las paredes de mi cráneo y caí en el error de ver a Rasputín vestido de amarillo y negro, erguido junto a mí, rozando casi mi cabeza con sus pies descalzos. No Rasputín, me dije, mejor el Judío en Verde de Chagall. Y lo dije en voz alta y seguí hablando y contando que

el Judio en Verde era el culpable de aquel estado de lasitud en que me encontraba porque no en vano pasamos la noche oyéndole tocar su querida guitarra. Y luego ¿te acuerdas Isaac? ¡Maldito viejo verde! Cada media hora salir a la intemperie, con la noche como estaba de viento, y acompañarle hasta la casa para mirar por la ventana y comprobar si el italiano, birra de yerno futuro, le hacía el amor a su hija, si de verdad la amaba aún a pesar de la transformación que había sufrido con el embarazo. Porque se empeñaba el viejo en que su hija, aunque siempre fue entrada en carnes, tenía el cuerpo de una venus y luego aquellos ojos de color de uva, si los habíamos visto más hermosos. Lástima que todo fuera para el tipo aquél, taxista arramblado y presumido, "hurón político", lo llamaba, que no tenía el menor escrúpulo en tomar la Belleza sólo para esconderse del látigo fascista. Tres meses sin aparecer y ahora se llega hasta acá para siempre. Pero ya mi nieto ha empezado a tirar de mi barba y necesitará un padre. ¿No creen? Si creemos. Pero viejo déjese de tonterías y vamos por la puerta de la venta y nos echa un poquito de ginebra en un vaso para pasar mejor la noche. Aquí, afuera, bajo la ventana nos va a matar el viento. Y dijo, esperen, miremos de nuevo, por si los pillamos ahora. Y levantó el farol verde para enviar la luz adentro de la alcoba y por cuarta vez pegamos la nariz a los cristales y vimos lo mismo: madamisela Joviana desnuda, recostada indolente sobre la cama. En su mano derecha un ramito de yerbas de olor para los nervios, el brazo izquierdo caído con la mano sobre el pubis y las piernas cruzadas. Me dolió contemplarla con sus ojos abiertos y la mirada perdida en la espera. A sus pies un perro verdino de pelo corto miraba a la ventana y gruñía cada vez que asomábamos el farol. Te digo Isaac que me recuerda mucho la Venus del perrito de Tiziano, pero no me extraña porque tengo fe en que todo lo existente será repetido sin límites en el tiempo hasta agotar las mínimas variantes. En lo de Tiziano el perro es un perrito todavía y el vientre de su Venus no abulta tanto como el de la madamisela Joviana. Pero ¡vete a saber! amigo si el pintor inmortalizó tanto a la modelo como a la pintura y Rodolfo sabe el valor de su hallazgo aquí, en Hoya Grande, en la humilde casa del viejo Crisóstomo.

¿Eh, Isaac? Nunca sabemos con quién estamos hablando, siempre lo dices y yo, de torpe que soy, le cuento al viejo lo del muerto que vimos en la playa. El muerto de la corbata roja y la cicatriz en el rostro. No debí mentarlo. Todos los objetos de este mundo incluyendo animales y personas vivas o muertas navegan a la deriva en el tiempo como los astros en el espacio. Respetemos la libertad. Que quiénes somos nosotros para desenterrar nada con nuestros ojos, dijo el viejo en verde hecho una furia y nos arrastró a empellones por una vereda del acantilado para comprobar no sé qué dicelias en el teatro de la vida.. Nos preguntó de qué lado estaba el muerto apoyado, si del derecho o del izquierdo, y le dijimos que el cadáver estaba boca arriba. Buena cosa, dijo entonces, buena cosa porque el mar ha subido y lo cubre y el perro no podrá desenterrarlo. Será el mar quien lo resucite, quien se lo lleve a otra parte.

Cuando llegamos cerca de la playa vimos que la arena había desaparecido bajo la espuma del agua batiente. Crisóstomo dio un suspiro de alivio y puso el farol sobre las rocas y nos sentamos a contemplar las

fosforescencias de las noctilucas. El perro llegó poco después y era el mismo animal que habíamos visto enroscado a los pies de madamisela Joviana. Se fue un poco más a la orilla que nosotros y se dejaba orinar mientras aullaba largo al océano.

Abrir los ojos. Un esfuerzo. Abrirlos, cerrarlos encandilado por la luz y abrirlos más despacio. Estamos en la parte alta del molino, en una especie de granero. Me doy cuenta de que hemos dormido sobre montones de hierbas frescas y flores. Ahí está Isaac, a mi izquierda, ya despierto y mirando el techo.

—¿Qué ocurrió anoche?— pregunto.

—Lo sabes tan bien como yo. Acabas de contármelo con puntos y comas. Animales, personas, cosas navegando libremente en el tiempo y el espacio. No pienses más en ello. No restes libertad a la vida.

Y añadió:

—También hubo mucho jugo de enebro. No aguanto la cabeza.

Descendimos por unos escalones de piedra que seguían la curvatura interior del molino. En la planta baja vimos a Rodolfo esperándonos. Había cambiado su gorra de taxista por un gorro de tela roja cuya parte alta le caía hacia adelante. Me recordó una gran flor de paodia, el árbol que crecía junto a la casa de N. N., allá en Sonora. Gorro frigio. La República. Tenía el hombre aspecto de fatigado. Grandes ojeras marcadas. La planta baja del molino había servido de estudio a un escultor. Sí, era cierto que el viejo Crisóstomo tocaba la guitarra como un virtuoso. Y eso que hay ahí, cubierto con paños son esculturas maravillosas. Miren esto. Rodolfo descubrió una figura de mujer esculpida en piedra negra. Parecía hecha en ébano. Está hecha en obsidiana, dijo Isaac. Nos quedamos largo rato contemplando aquella maravilla de arte. Tuvo que ser un genio quien hizo esta obra dije. Rodolfo sonrió: Más que eso. Lo que ustedes están viendo es la perfección salida de la mano de un dios. Volvió a cubrirla con las telas. Temblaba como si hubiese profanado algún secreto.

—Vámonos de aquí —dijo presuroso—. Y por favor no hablen de esto con nadie. Ahora quiero mostrarles el trabajo que he estado haciendo durante la noche.

En la venta madamisela Joviana nos invitó a tomar café en unas tazas con borde dorado. Cada taza tenía también un dibujo diferente. Me ofreció la taza con la niña rubia, los ojos azules, subida en un columpio. Porcelana de Dresde. La moví para columpiar a la pequeña alemanita. Lástima que exista la Historia, los sentimientos. Lástima que el tiempo tenga siempre una dirección longitudinal. Ir y venir. Un columpio. Madamisela Joviana sonriéndome de niña, madamisela Joviana sonriéndome ahora para ocultar una larga tristeza.

Otra noche más sin amor. ¿En qué pensaba Rodolfo?

—Venga conmigo. Les enseñaré en lo que estuve trabajando toda la noche.

Nos llevó afuera, hacia el ala sur de la casa y allí vimos junto a la pared, una montaña de ramas secas, tablas, tierra y estiércol.

—Esto lo hice yo sólo —dijo con visible satisfacción.

La cúspide de aquella pirámide de basuras terminaba a la altura del techo de tejavana.

—¿Y para qué todo eso? —preguntó Isaac.

—¡Ah! ¿No se dan cuenta? El coche está debajo. Lo he enterrado ahí para que se pudra. Yo también pienso pudrirme aquí. Hay que borrar huellas al enemigo. Pero algún día saldremos de nuevo, el Fiat y yo. Transformados en algo diferente. Se acabó Rodolfo Valentino, sí señores, se acabó para siempre, el taxista Rodolfo. Hizo bien mi padre aplastándome la cara. Y ustedes chitón. Ni una palabra de todo esto.

—¿Y cómo saldremos de aquí? —pregunté al italiano.

Se encogió de hombros y señaló una senda que se perdía en la llanura. Nos dijo que a poco más de un kilómetro encontraríamos una carretera. Se enredó en palabras de disculpa pretendiendo que todo aquello resultara lógico. Al fin decidimos despedirnos y el italiano se emocionó al estrecharnos la mano.

—¡Gente de mérito! —dijo— ¡Ustedes son gente de mérito, gente de fiar! Yo los despediré del viejo Crisóstomo, descuiden.

Ya en el sendero volvimos la cabeza para el último saludo y vimos a Rodolfo en la puerta de la venta junto a madamisela Joviana a quien rodeaba la cintura con un brazo. Con la mano izquierda se quitó el gorro frigio y lo agitó en el aire.

¡Arrivederci!

RAFAEL AROZARENA

Fragmento de la novela de igual título, de próxima publicación.